



## LA REBELIÓN DE LAS MASAS

de José Ortega y Gasset

José ORTEGA Y GASSET (1930): *La rebelión de las masas*. Edición de Domingo Hernández Sánchez. Madrid: Tecnos, 2003. 444 pp.

Resulta ineludible iniciar una sección como ésta, bajo la advocación de los clásicos, recurriendo a las palabras de Italo Calvino sintetizadas en el axioma definitivo según el cual «un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir»<sup>1</sup>. Con esta idea en la cabecera de esta página, es fácil aceptar que *La rebelión de las masas*, de José Ortega y Gasset, es un clásico del pensamiento europeo del siglo XX, para quien lo ha leído y, como igualmente defendía el citado Calvino, para quien se reserva el momento idóneo para leerlo en el futuro.

En el caso de *La rebelión de las masas*, podría decirse que tanto la obra como el autor merecen por sí solos la categoría de clásicos del europeísmo. En 1911 el tema de Europa ya se notaba como de envergadura en los incipientes escritos del joven Ortega. Un año antes, en un artículo publicado en *El Imparcial*, el filósofo saludaba la aparición de una nueva revista titulada, precisamente, *Europa*, y lo hacía con estas palabras: «El título no podía ser más agresivo: esa palabra sola equivale a la negación prolija de cuanto compone la España actual», y en dicha

publicación escribía un artículo titulado «España como posibilidad» que concluía con las siguientes palabras: «España es una posibilidad europea. Sólo mirada desde Europa es posible España». Esto ya en 1910.

Pudiera parecer que el filósofo se empezara a preparar en su papel de vigilante occidental, como una respuesta filosófica al eco de unos versos que aquel mismo año de 1911, procedían del otro lado del Mediterráneo, de Alejandría, bisagra y umbral del espacio-tiempo de Eurasia: «Qué esperamos agrupados en el foro? / Hoy llegan los bárbaros». Un poeta educado en Inglaterra, Constantino Kavafis, publicaba ahora algunos de sus bellos poemas, como este «Esperando a los bárbaros», cargados de malos augurios: «¿Qué leyes votarán los senadores? / Cuando los bárbaros lleguen darán la ley». Estaba alzando la vigilante voz del presagio que sólo un poeta intuye, sin saber cómo. «Porque la noche cae y no llegan los bárbaros. / Y gente venida desde la frontera / afirma que ya no hay bárbaros. / ¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros? / Quizá ellos fueran una solución después de todo»<sup>2</sup>. Europa se volvía hacia sí misma en un nuevo acto del drama de su historia.

Esa función de vigilancia en la noche de la historia europea la llevó Ortega, desde el pensamiento,

guiado por una sorprendente lucidez que le permitió iluminar el desfiladero angosto, tan confiado como traidor, que resultó ser Europa desde 1918 hasta la crisis económica de 1929. Aunque *La rebelión de las masas* apareciese, en su versión inicial, en el diario *El Sol* entre octubre de 1929 y febrero de 1930, su génesis se remonta, por lo menos, hasta 1922, fecha en que se publica *España invertida. Bosquejo de algunos pensamientos históricos*. No sólo eso, sino que a lo largo de la década se irían dejando por parte del autor una serie de mojones que indicarían luego, como ahora nos señala el editor de la reciente edición de esta obra maestra, Domingo Hernández, el camino seguido por esta idea orteguiana. Ahora bien, ¿cuál es la importancia de *La rebelión de las masas*? Este texto, o conjunto de ellos, no representa otra cosa sino el desenmascaramiento de la situación política, sociológica y moral en la que el surgimiento de la masa como individuo protagonista de la Historia, había colocado al continente europeo (origen, destino y circunstancia política, a la vez, de España). El propio Ortega dirá que «el hombre-masa es el hombre cuya vida carece de proyecto y va a la deriva. Por eso no construye nada, aunque sus posibilidades, sus poderes, sean enormes». De ahí, en principio, la gravedad de la situación.

Es a partir de ahí como, en medio de la convulsa Europa de los años 30, Ortega se vuelve hacia el pasado para analizar cómo se ha llegado al presente y en qué situación se halla. Es lo que él denomina «la altura de nuestro tiempo», y su conclusión, aunque lúcida, es política e intelectualmente desoladora: «No es fácil de formular la impresión que de sí misma tiene nuestra época: cree ser más que las demás, y a la par se siente como un comienzo, sin estar segura de no ser una agonía. [...] Orgullosa de sus fuerzas y a la vez temiéndolas». La principal consecuencia de esta situación va a ser la implantación de la violencia como método: «Hoy es ya la violencia la retórica del tiempo», escribe Ortega. Es desde ahí desde donde Ortega critica los movimientos dominantes entonces (y más aún que lo serían posteriormente): el fascismo y el bolchevismo, en tanto que movimientos de masas violentos y característicos de la época. El hombre-masa es «arcaico y silvestre» y Europa necesita, por el contrario, «de la historia íntegra para ver si logramos escapar de ella, no recaer en ella».

Es en este punto en el que Ortega enlaza de lleno con el pensamiento político de la Europa de entreguerras. El Estado, que llegó a ser uno de los principales logros de la civilización occidental, se ha visto convertido en un poderoso instrumento al servicio del hombre-masa:

Éste lo ve, lo admira, sabe que está ahí, asegurando su vida; pero no tiene conciencia de que es una creación humana inventada por ciertos hombres y sostenida por ciertas virtudes y supuestos que hubo ayer en los hombres y que puede evaporarse mañana. Por otra parte, el hombre-masa

ve en el Estado un poder anónimo, y como él se siente así mismo anónimo —vulgo—, cree que el Estado es cosa suya.

De ahí que «el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que en definitiva sostiene, nutre y empuja los destinos humanos», se haya convertido, a juicio del filósofo español, en el «mayor peligro que hoy amenaza a la civilización». Evidentemente, de este razonamiento a la práctica política observada en la Europa en que esto se escribió apenas hay un paso.

Desde una perspectiva más propia del pensamiento político que filosófico, y ante los acontecimientos que se estaban produciendo en Europa, y en concreto en Alemania, Curzio Malaparte publicaría en 1931 en París su ensayo *Técnica del golpe de Estado*. En él, tras analizar los métodos utilizados por los bolcheviques para llegar al poder en Rusia, o los casos polaco, español o italiano del periodo de entreguerras, manifestaba que

habría que admitir una gravísima decadencia para creer a la burguesía europea incapaz de defender su libertad, y para pensar que el porvenir de Europa es un porvenir de esclavitud civil. (...) El problema del Estado no es ya solamente un problema de autoridad: es también un problema de libertad.

Y retratando a la perfección la cadena de acontecimientos que se estaban encadenando en el continente, manifiesta:

La situación actual ofrece grandes probabilidades de éxito a las ambiciones de los catilinarios de la derecha y de la izquierda. La insuficiencia de las medidas, previstas o adoptadas por los Gobiernos para hacer abortar una tentativa revolucionaria eventual, es de tal modo grave, que el peligro de un golpe de Estado debe ser considerado seriamente en muchos países de Europa. La naturaleza particular del Estado moderno, la complejidad y la delicadeza de sus funciones, la gravedad de los problemas políticos, económicos y sociales que él está llamado a resolver, hacen de esto el lugar geométrico de las debilidades y de las inquietudes de los pueblos, aumentando así las dificultades que hay que dominar para asegurar su defensa.

Y concluye diciendo:

El Estado moderno está más expuesto de lo que parece al peligro revolucionario<sup>3</sup>.

Se trataba de la radiografía del desplazamiento de poder llevado a cabo en la Europa de los años 20 y 30, y que alejó al continente de la posición de primacía mundial que había mantenido hasta entonces. «Durante tres siglos —escribe Ortega como conclusión importante— Europa ha mandado en el mundo, y ahora Europa no

está segura de mandar ni de seguir mandando». Ante esto se impone un cambio de mentalidad para recuperar el sentido de la Europa heredada y a la que la pérdida de moral ha conducido a la posición de humillación en que se halla. Dicho cambio pasa por algún tipo de unión europea necesaria, por otro lado, como contrapeso al elemento ruso. Esta prodigiosa lucidez frente a lo que iba a ser el futuro de Europa en una década y lo que aún hoy mantiene vigente esta obra frente a ciertos nacionalismos violentos («el Estado comienza cuando el hombre se afana por evadirse de la sociedad nativa dentro de la cual la sangre lo ha inscrito. Y quien dice la sangre, dice también cualquier otro principio natural; por ejemplo, el idioma»), es lo que hace de Ortega un clásico a la vez que de su obra un texto de esencial lectura para quien pretenda acercarse al pensamiento europeo contemporáneo.

En cierto sentido, aunque español, todo en Ortega cristaliza en la idea de Europa. Mejor aún: en torno a su ser español, desde el núcleo mismo del Occidente, cristalizan Europa y Sudamérica. Y no es casual, por eso, que al margen de sus escritos, su legado «editorial» cobrase nombres tan significativos y hasta hermanados como *La Revista de Occidente* o la *Colección Austral*, transparentando de forma evidente su cosmopolitismo. Hay en *La rebelión de las masas* historia y geografía, filosofía, sociología y hasta psicología de lo que Ortega denominaba su circunstancia española desde la que se escribía y por la que se escribía. Sin embargo, existe algo que trasciende esa circunstancia y justifica el «prólogo para franceses», incluido por vez primera en 1937, y el «epílogo para ingleses», de 1938 (inexistentes en la versión inicial y que cobraron forma a medida que la obra fue gestándose como un corpus *in crescendo*) y eso no es sólo su publicación allende las fronteras peninsulares, sino la pertinencia de dicha difusión fuera de ellas de un texto que era, por su propio contenido, europeo, pues es la sociedad europea como un todo en indeciso movimiento lo que analiza el filósofo español. Y ese mismo aspecto hace de *La rebelión de las masas* un texto válido más allá de su época, que es en cierta medida todavía la nuestra. Su importancia como clásico del europeísmo no se la otorga el papel de Europa en una obra de Ortega, sino el protagonismo de Europa en la mejor y principal obra de Ortega y, como hemos visto, confluencia y reelaboración de muchos años de pensamiento en torno a la idea de Europa.

Las notas, que verdaderamente hacen «crítica» a esta edición al mostrar todas las interrelaciones como fragmentos de un mismo discurso, nos revelan a un Domingo Hernández perfecto conocedor de la obra de Ortega y Gasset, a quien no sólo ha dedicado su tesis doctoral sino numerosos estudios. Esta edición hace especial hincapié, y a ello dedica el editor parte de su estudio introductorio (bajo el epígrafe «Historia editorial de *La rebelión de las masas*»), en el análisis contextual de lo

que fue la escritura y reescritura de *La rebelión de las masas* a lo largo de cuatro décadas en las que se fue confeccionando una obra eternamente inconclusa, nunca suficiente y definitivamente acabada, un texto que avanzaba paralelo al pensamiento de su autor y la propia historia de Europa. Puede decirse, en definitiva, que fue una búsqueda constante y, en ocasiones, paralela a los esfuerzos políticos, fiel a las palabras de Ortega de que «la misión del llamado “intelectual” es, en cierto modo, opuesta a la del político».

Hacia 1948, con el Plan Marshall ya en funcionamiento, anegando de ayuda económica al continente desde Inglaterra hasta Turquía, en aquellos momentos difíciles en los que Alemania, Francia e Inglaterra (la trinidad por la que «ante todo y propiamente» Ortega entendía Europa) daban pasos decisivos como la creación de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), Ortega daba un curso en doce lecciones sobre la obra del historiador Arnold Toynbee<sup>4</sup>. En la última de ellas, recordando los años en que se gestó *La rebelión de las masas*, dice el filósofo: «Desde aquella fecha hasta ahora ¿qué ha pasado? El más triste y extremado de los pronósticos. Desde entonces no asistimos a la creación de ningún derecho, sino, al contrario, casi exclusivamente a un quitar los derechos que había»<sup>5</sup>. El verso de Kavafis se había hecho realidad. Eran las consecuencias de que los bárbaros hubieran dado la ley. El péndulo de la Historia, sin embargo, se iba a encargar de llevar a cabo una nueva restauración de Europa. Aquel mismo año de 1948 Jean Monnet, en una carta a Robert Schuman, se expresaba con claridad en los siguientes términos: «El esfuerzo de los países de Europa occidental para ponerse a la altura de las circunstancias, del peligro que nos amenaza y del esfuerzo americano, necesita transformarse en un verdadero esfuerzo europeo, que sólo será posible con la existencia de una *federación* de Occidente»<sup>6</sup>. Europa seguía su curso.

Fernando BENITO MARTÍN

## NOTAS

- 1 *Por qué leer los clásicos*. Barcelona, Tusquets, 1994, p. 15.
- 2 Constantino KAVAFIS, *Poesías completas*. Traducción y notas de José María Álvarez. Madrid, Hiperión, 1991, pp. 28-29.
- 3 *Técnica del golpe de Estado*. Barcelona, Plaza & Janés, 1960, pp. 204-205.
- 4 El curso (1948-1949) llevaba por título «Sobre una nueva interpretación de la Historia Universal. (Exposición y examen de la obra de A. Toynbee, *A Study of History*)», y se llevó a cabo con motivo de la creación del «Instituto de humanidades».
- 5 José ORTEGA Y GASSET, *Una interpretación de la Historia Universal. En torno a Toynbee*. En *Obras completas*, vol. IX. Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1983, p. 227.
- 6 Jean MONNET, *Memorias*. Madrid, Siglo XXI, 1985, p. 267.